

DIGRESIONES

Por **MYRIAM GOLUBOFF**

Profesora de Proyectos de la E.T.S.A.
de La Coruña

¿Qué es lo que nos provoca el sentimiento de trascendencia en algunas obras; qué es lo que nos hace sentir el clímax de algunos lugares?

La Arquitectura es forma, forma que atrapa un espacio, formas que conforman un espacio. Espacios contenidos en espacios, con su luz, su atmósfera. Espacios definidos por la forma, que se concreta en un material, una textura, un color, una dimensión, una proporción...

Pero la Arquitectura no es sólo la suma, ni la integración de todos sus elementos.

Detrás de una OBRA hay una energía creadora y esa energía se trasmite a la obra en sí, queda atrapada en ella y sigue vibrando a lo largo del tiempo, esperando a aquellos hombres que en otra época y en otras circunstancias sean sensibles a esa energía, sean capaces según la agudeza del instrumento sensible determinado por esas circunstancias, de percibirla.

Puede ser la energía de un individuo o de un pueblo. Pero sin esa energía inicial la obra será hueca, no tendrá trascendencia.

Hay una complejidad en la estructura de la materia que, como en una sala de múltiples espejos, se manifiesta en diversas escalas cuyos límites no conocemos. Procesos microscópicos y macroscópicos que responden a una euritmia magistral. Miles de vidas, unas dentro de otras, como las muñecas rusas...

Nosotros en el espacio, el espacio dentro de nosotros y así sucesivamente...

Escalas que vamos percibiendo a medida que ampliamos el límite de nuestros sentidos, a través de los nuevos instrumentos. Y esa materia también es energía. Materia que se transforma en energía y energía que se transforma en materia. Sólo una diferencia de estado entre la energía y la materia.

¿Cuál es la magia del dolmen? Metidos en ese espacio sentimos una fuerza, quizás las propias radiaciones de la piedra, quizás ese esfuerzo monstruoso, esa voluntad creadora que lo puso sobre esa tierra, en un lugar propicio y sagrado...

¿Cuál la fuerza que manifiesta el esfuerzo del conocimiento esotérico de la búsqueda del lugar que hubo en Grecia o en la época gótica? Esa fuerza de los conocimientos celosamente guardados y transmitidos que encerraban el secreto que hacía que el edificio encajara en el universo cósmico, esa fuerza del espíritu que intentaba conectar la obra del hombre con el Universo. La problemática de la dualidad Hombre-Dios, Materia-Espíritu, atrapada entre las piedras.

Es que no encierra la obra de Miguel Angel, sus esculturas, su escalera de la Laurenciana, su turbulenta fuerza creadora?

¿Qué misterio, qué fuerza individual o colectiva nos subyuga, nos envuelve cuando en Chartres nos sentimos conectados con las fuerzas más profundas del Universo, igual que ante la visión de un mar embravecido o ante la fascinante visión de la vía láctea sobre el fondo negro de alguna seca y fría noche en la soledad de la montaña, o ante el sol que sale o se pone en el horizonte del mar? Es esa fuerza creadora, es esa voluntad que fascina, que se siente ante la Catedral o la casa Milá de Gaudí, quizás ante la visión de esa locura mágica de las velas en la bahía de Sidney.

Es esa fuerza que se siente en algunas obras del Corbu, que intenta expresar de una manera trágica y vital el secreto

pitagórico de los números, el secreto de las proporciones geométricas, de las dualidades más profundas. Último ejemplar que busca, con los instrumentos de la Antigüedad, a través de la Arquitectura, conectar al Hombre con el Universo.

Es esa fuerza que se debe sentir ante la visión de Manhattan, en la que un pueblo intentó expresar su propio universo, las fuerzas tecnológicas y económicas, las energías creadas por el hombre. Ese universo creado por él mismo, ese fascinante monstruo de Frankenstein que lo subyuga.

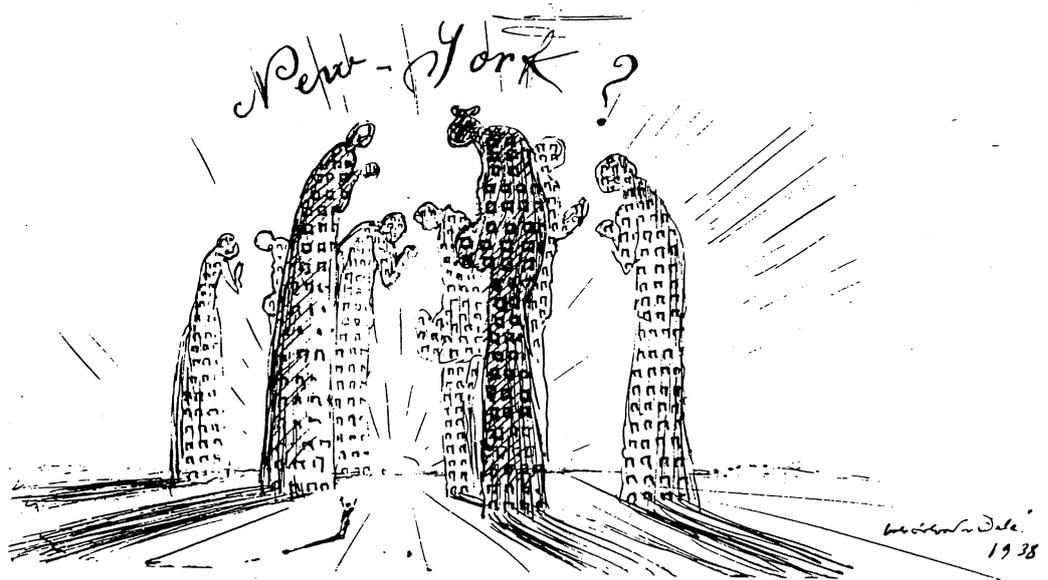
Esa fuerza no se puede imitar, esa fuerza es una energía que puede mediatizar un hombre o un pueblo.

Seres que tienen la capacidad de captar y acumular la Energía, transformándola en acto creativo y transmitiéndola a su obra.

Eso no se puede copiar. Se pueden copiar los gestos, las ventanas ojivales o las horizontales, la sección áurea o la raíz de dos, las simetrías o los ejes. Pero si no creemos en ello, si no creemos realmente en su trascendencia, si eso no nos mediatiza con algún valor trascendente, será una forma muerta, frívola.

El lenguaje, la forma, son importantes. Necesarios pero no suficientes. Para que haya ARQUITECTURA debe trascender también el contenido, la pasión y el sentido con que una obra fue concebida. Puede ser una pasión de muy diverso carácter: filosófica, estética, geométrica, tecnológica, de adecuación al medio o al hombre, etc., pero tiene que haber esa pasión que dé sentido a la obra más allá del gesto formal.

También en las estructuras urbanas debe haber un sentido de vida mediatizado en ellas y una pasión trasmisora de ese sentido.



Parece insensato plantear que lo que da valor a una obra esté condicionado por algo tan subjetivo como su energía, su «alma». Pero, por qué admitimos que los sistemas numéricos o geométricos, que ciertos cánones de la materia son buenos o malos? Es acaso eso objetivo o simplemente aceptado?

Del mismo modo que los griegos objetivaron la magia de la geometría, cualidad sensible de la materia, ¿no podremos hoy intentar también objetivar ese mundo de la energía que empezamos a conocer y que también está indisolublemente ligado al de la materia? ¿Podremos dominar en el futuro esa dualidad, integrándola en nuestra visión crítica y especulativa de la arquitectura?

¿Podremos llegar a fotografiar en arquitectura ese campo energético que los esotéricos llaman «áurea»?

La arquitectura, como la pintura, la literatura o la música, tienen su propio lenguaje cuyo dominio es indispensable para poder lograr una cierta trascendencia.

Pero ese dominio de la técnica no alcanza. Así como no se puede desarrollar un pensamiento si no se domina el lenguaje, la idea no es sólo un juego de abalorios verbal. Hay una idea que es posible sólo por el dominio del verbo, pero cuyo sentido está más atrás, en otro plano, como si las palabras no sólo concretaran la idea sino que la verificaran. Del mismo modo que vamos buscando y reconociendo la idea en el dibujo que trazamos en el plano.

Esa idea no es sólo formal, hay un espíritu que anida en ella. Hay una belleza propia de la forma; pero hay una belleza que es la que da vida a esa forma, esa energía liberada en la pasión creadora que transmite la intención subyacente y que se siente ante la obra. Y se siente, quizás, porque la propia obra se preña de esa energía, de esa intención, la atrapa y la manifiesta ante quienes son capaces de percibirla, al igual que

la belleza de la proporción o del color son valorados también por aquéllos que son capaces de percibirlos.

En la pintura, en la escultura, esa fuerza se transmite directamente a la materia. En la arquitectura hay una mediatización, ¿cómo incide la producción industrial en la trasmisión de esa energía creadora, de esa idea original? La pasión por el material y el detalle que anida en el diseño del Seagram, ¿se transmite a pesar de la mediatización de la producción industrial? ¿O es que hay una reverberación de esa pasión en el esfuerzo constructivo?

¿Qué formas de conocimiento de la realidad nos permiten ese contacto sensible con lo que transmite la obra? ¿Tenemos conciencia de los límites del conocimiento que derivan de la representación?

¿No confundimos a veces esa representación con la realidad misma? Asimilando de esa realidad lo que esa representación nos transmite. Pudiendo ocurrir alguna vez que la intención expresada en esa representación sustituya, anulándola, la intención original, impidiendo una lectura real de la obra.

Estas digresiones son simplemente eso, un esbozo de un mundo de incógnitas e interrogantes que se nos presentan, como apertura un poco desvergonzada a un diálogo que me parece que nos es necesario.

(Dibujo de Salvador Dalí-1938)